

### CAPITULO III

#### CIVILIZACIÓN DEL PERÍODO BÚDICO

##### 1.º — DOCUMENTOS QUE PERMITEN RECONSTITUIR EL CUADRO DE LA SOCIEDAD INDA HACIA EL CUARTO Ó QUINTO SIGLOS DE NUESTRA ERA.

El período búdico se extiende desde el siglo III antes de Jesucristo hasta el siglo VII de nuestra era y comprende así un espacio de un millar de años aproximadamente. Durante esos mil años la religión se transforma y se cubre la India de monumentos maravillosos. Los restos de estos monumentos y los escritos religiosos recientemente encontrados permiten seguir durante ese período el desenvolvimiento de la civilización inda; pero los acontecimientos históricos propiamente dichos continúan envueltos en la obscuridad más profunda.

Hace apenas cincuenta años que el autor que hubiese querido escribir un capítulo con el título que á éste hemos puesto, no hubiera hallado materia para llenar una línea. Apenas si se sospechaban siquiera entonces en Europa el papel y la naturaleza del budismo, esa religión que, no obstante, es la ley de cerca de quinientos millones de hombres.

Los documentos que permiten sacar del polvo de los siglos algunos rasgos de esos mil años de historia no son muy numerosos. En primera línea figuran los espléndidos monumentos que nos enseñan el progreso de las artes y la magnificencia de los soberanos. Entre los más antiguos, y al mismo tiempo entre los más preciosos como fuente de datos, se encuentran los pilares de que el rey Asoka cubrió sus vastos Estados y sobre los que hizo grabar tres siglos antes de Jesucristo los preceptos de un código entonces completamente nuevo para los indos.

Como fuente de información poseemos además la numerosa colección de los manuscritos del Nepal que tratan casi todos de la religión búdica. El *Loto de la buena ley* y la *Lalita Vistara* son los más importantes de los que han pasado á nuestras lenguas europeas. A esos documentos pueden agregarse las *Crónicas de los reyes de Magadha*, relatos legendarios en que falta por completo la cronología; y en fin, las relaciones de los peregrinos chinos, Fa-Hian y Hiuen-Tsang, que visitaron la India, el primero en el siglo V y el segundo en el VII de nuestra era.

##### 2.º — LA LEYENDA BÚDICA

Apenas se pasa los ojos por los primeros documentos citados más arriba, es decir, sobre las inscripciones de Asoka, dos siglos y medio anteriores á Jesucristo, se nota que está á punto de producirse una profunda transformación en el seno del viejo mundo bracmánico.

La lectura de las leyes de Manu presenta generaciones de hombres sometidos al yugo religioso, minucioso y rígido. Permite presentir la angustia que debía llenar la vida de seres para los cuales el menor error del corazón ó de los sentidos acarrea terribles expiaciones, de seres cuya miseria no era siquiera soportada en común, sino que se miraban de lejos á través de las barreras de las castas y para los cuales, según las circunstancias, aceptar un vaso de agua de uno de sus semejantes, ó dirigirle una palabra de dulzura ó de esperanza, constituía un crimen seguido de largas expiaciones.

Pero he aquí que un soplo de piedad, de misericordia y de benevolencia pasa, y de pronto las cadenas caen, los corazones se ensanchan y la faz del viejo mundo cambia. A la voz de un gran reformador se establece una ley de amor y de caridad. Envuelve esa voz en un sentimiento de simpatía universal á todos los seres; aproxima no sólo las castas, sino á todas las criaturas.

La vida del célebre reformador, cuyo nombre y cuya memoria veneran aún quinientos millones de hombres, no nos es co-

nocida sino por las ficciones poéticas de que las leyendas la han envuelto. Sólo, pues, á las leyendas podemos atenernos para reconstituirla.

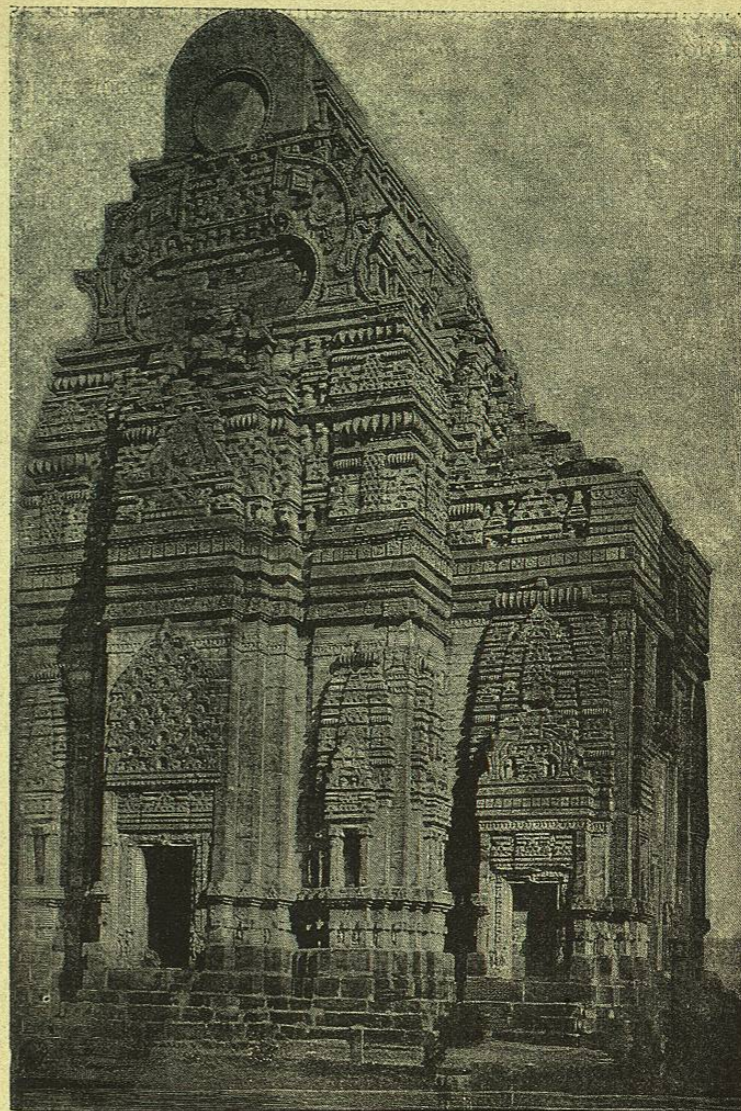
La más antigua es la *Lalita Vistara*, compuesta en el Nepal, probablemente á los comienzos de nuestra era. Apoyándonos en ella, intentaremos describir la vida de Buda.

La crítica moderna ha atacado mucho la historia legendaria de Buda. No le ha sido difícil probar el carácter ficticio del ciclo que constituye la leyenda búdica y que Zakya-Muni beneficia tradiciones anteriores, tomadas de la leyenda de Vishnu y de la de Krishna. Su historia, como ha hecho acertadamente notar M. Sénart, no es en gran parte sino una adaptación de mitos mucho más antiguos. Su religión misma puede considerarse como una selección realizada en una masa preexistente de dogmas y de prácticas.

Poco nos importa, en verdad, conocer la vida real de Buda. Apenas hay fundadores de religión, excepción hecha de Mahoma quizá, cuya vida nos sea exactamente conocida. No se escriben generalmente sus biografías sino mucho tiempo después de su muerte. Lo que nos importa conocer es el Buda real ó ficticio, tal como se lo venera por tantos millones de hombres desde hace más de veinte siglos.

Aunque la religión de Buda no aparece apenas en la historia sino en el siglo III anterior á nuestra era, el reformador nació cinco siglos antes de Jesucristo, en Kapilavastu, al Sur del Nepal. Chocantes semejanzas existen entre los hechos legendarios de su vida y ciertos relatos de los Evangelios. Como Cristo, Buda nació de una virgen y su venida al mundo fué milagrosamente predicha. Buda, cuyo nombre verdadero fué Gotama y el apellido Zakya-Muni, pertenecía á una raza real, como Jesús á la de David. Sin embargo, la infancia y la juventud de los dos reformadores transcurrieron de maneras muy distintas. Gotama fué educado como príncipe heredero de un trono, mientras que el Hijo de María compartía el trabajo de José el carpintero. El ayuno de Jesús en el desierto, después del cual fué tres veces

tentado por el espíritu del mal, y el ayuno y la triple tentación



GWALIOR. — Templo Téli Mandir. (Probablemente del siglo X.)  
(Altura aproximada, 34 metros.)

de Zakya-Muni en la soledad de las selvas, se parecen extraordinariamente por todas sus circunstancias; la aventura del sabio

indo con una pobre mujer á la que pide de beber, recuerda la famosa entrevista de Cristo con la Samaritana y las palabras que le dirigió.

Tales semejanzas son de importancia, si se observa que las dos religiones tienen en el fondo más analogía aún que en la forma. Las dos han predicado la caridad, la igualdad, el desprendimiento; las dos han colocado el pecado tanto en la intención cuanto en el hecho; las dos han dado lugar á la creación de órdenes monásticas; las dos han ganado por el mismo espíritu, por los mismos medios, millones de almas humanas. La una ha regenerado el Occidente, y la otra el Oriente. Responden las dos á una misma aspiración de la humanidad y no son sino los dos aspectos de un mismo acontecimiento capital de la historia moral del mundo. Que la una deba algo á la otra, ó que cada una haya nacido espontáneamente y de un modo absolutamente independiente, nos importa poco y no tenemos por qué estudiarlo aquí.

Gozó Gotama desde la infancia, en el palacio de sus padres, todos los placeres que el poder, la riqueza, la bondad, la salud y la juventud podían ofrecer. Llegado á una edad conveniente, se casó con una hermosa doncella á quien amaba y que le dió un hijo. En este momento, en el apogeo de su felicidad, Gotama tuvo en un día tres encuentros que debían decidir su destino: el de un viejo encorvado por la edad, que caminaba con pena bajo el peso de su debilidad; el de un hombre herido por la peste, de horrible aspecto y que se revolvía en medio de atroces sufrimientos; y en fin, el de un muerto descolorido y desfigurado que sus desolados padres se preparaban á amortajar.

— ¿Para qué la vejez?, se dijo Gotama. ¿Para qué la enfermedad? ¿Para qué la muerte?

— Yo soy rico, poderoso, feliz y fuerte, se dijo otra vez. No obstante, mi fortuna y mi poder no evitarán que mis cabellos blanqueen, que mi faz se llene de arrugas, que mis miembros se retuerzan en el dolor, ni que los que me aman lloren sobre mi tumba. ¿Cómo he de gozarme, pues, en mis tesoros, en mi salud,

en mi hermosa y joven mujer, en mi hijo, ya que tan bien sé lo que me espera? No obstante, gozo de tanta felicidad como pueda alcanzar un hombre. ¿Qué será la existencia para esa multitud de los que trabajan, que son pobres, que viven desdeñados y que sienten hambre?

Estas reflexiones le condujeron á la conclusión de que el mundo no es otra cosa que un inmenso aglomerado de dolores.

— ¿Pero de dónde viene el dolor?, se pregunta después. ¿Cuál es su causa? ¿Cómo puede combatírsele?

Entonces fué cuando Buda se sintió presa del invencible deseo de descubrir las fuentes del dolor, inseparable á toda existencia, y de procurarle un remedio. Imaginándose que ya no podía ser feliz, puesto que sabía que su felicidad debía acabar y hasta que esa efímera felicidad constituía una excepción espléndida, abandonó á su querida mujer, á su hijo recién nacido, á su anciano padre, su palacio, sus servidores y sus tesoros, se vistió humildemente, tomó en sus manos el vaso de las limosnas de los religiosos mendigos y se fué á pie de aldea en aldea, viviendo de la caridad, contemplando la vida desde todos sus aspectos y continuando la serie de todas sus meditaciones. No habiéndole estas meditaciones llevado á la solución que buscaba, se aisló del resto de los hombres, se internó en selvas inexploradas y consagró sus días y sus noches á meditar.

Entretanto los años pasaban y Zakya-Muni veía siempre huir delante de su pensamiento el fin misterioso que perseguía. En vano había sometido su espíritu y su cuerpo á las más rudas pruebas, en vano había ayunado hasta perder el sentido y pasar un instante por muerto, en vano se absorbía en los pensamientos más abstractos sobre la naturaleza y sobre el fin de las cosas. No había llegado aún á la categoría de Buda que había de convertirle en ser superior á la humanidad y hacerle capaz de iluminar y de consolar á los hombres.

Cuando probaba penosamente llegar á la ciencia suprema y ya triunfaba, sobrevino la tentación terrible por la cual el espíritu del mal, Mara, el príncipe de los demonios, procuró hacer